La extraordinaria historia de Juan Barreto 29 y 30

Carlos Roncero

Image not found.

Capítulo 1

Oficial y maestro entraron en la admirable, aunque algo estrecha, sala de audiencias del gobernador. Los tapices encandilaron a Juan Barreto. El secretario, dos pasos por delante, anunció, con una ligera reverencia los nombres de los visitantes. El gobernador portaba un traje oficial con una peluca de tono castaño que le rebasaba los hombros. A su lado, con una pose tan amanerada como forzada, se hallaba una réplica más joven de él, pelo postizo incluido. Juan Barreto supuso que se trataría de Arturito. Quiso reír el maestro ante tan ridícula postura y, por supuesto, de sus pelucas. La escena le resultó de lo más anacrónica, incluso para ese siglo, recordándole las afectadas reproducciones que había visto de Luis XIV en los libros de historia.

- Capitán Cardosa- empezó el gobernador con fingida pompa-, mi secretario, aquí presente, se ha librado de una buena reprimenda, pues de entrada no le he creído cuando me ha anunciado tu visita. Capitán es un rango que se te queda algo corto, teniendo en cuenta tu pasado, ¿no lo crees así?

- Excelencia- saludó Cardosa con una pronunciada reverencia, aunque conteniendo su ira con una siempre eficaz presión de su mandíbula. Al ver que Juan Barreto no se inclinaba le golpeó con el puño en el estómago, forzando así su reverencia, si no por educación, por falta de aire. El gobernador se dio por satisfecho.

- Por lo visto estás aquí para reclamar la liberación de una joven.

- Reclamar nunca, excelencia; apelar a vuestra generosidad y sentido de la justicia, en todo caso.

- Veo que no has perdido las formas, Cardosa- dijo sonriendo el gobernador-. Eso me place- miró entonces a su hijo, que continuaba con el aire altanero que le caracterizaba-. Verás, parece ser que esa joven ha tenido un comportamiento más que ofensivo con mi hijo. Le ha escupido, nada menos, cuando ella ejercía su profesión de meretriz.

- Os aseguro que la joven en cuestión no ejerce tal profesión, excelencia. Doy fe de ello pues es mi protegida.

- Ah- exclamó con sorpresa-, ahora haces de niñera- y rió provocando una pequeña, aguda e insolente carcajada en su hijo-. ¿Y para

quién?, si puede saberse.

- Para don Juan Santana Sánchez.

El gobernador hizo un gesto parecido al que genera la grima.

- ¿El Conde de Cerronegro? Por dios, si no es más que un gordo y borracho caído en desgracia en la corte. Difícil me lo pones, la verdad, Cardosa. Vamos a ver- y se llevó la mano a la barbilla en clara y desmedida señal de que pensaba-. Ah, sí, resulta que mi hijo nos ha bendecido con una solución a tan delicado problema.

Cardosa procuró disfrazar la desconfianza que le provocó tal anuncio y desvió la vista a su amigo el secretario, quien arqueó las cejas para indicarle que de tales palabras se podían recoger grandes tempestades.

- Es bien sencilla, capitán- continuó el gobernador-. La grave afrenta consiste en que esa pu…la hija del Conde, quiero decir, escupió a mi hijo en la cara y delante de todos, cuando ella bailaba voluptuosamente frente a él. Es lógico imaginar, y supongo que estarás de acuerdo conmigo en esto, que ante semejantes insinuaciones de la carne, se le despertaran sus pasiones. Pasiones que no han sido satisfechas- recalcó alzando la voz- todavía- y sonrió.

- ¿Vais a proponerme…

- Silencio, capitán, No te atrevas a interrumpirme, ¿o es que acaso esas tierras andaluzas te han barbarizado?- el gobernador respiró hondo para tranquilizarse-. Como decía, la solución es bien sencilla: la joven será liberada si accede a tener un encuentro con mi hijo que le desfogue sus pasiones. Encuentro, en el que, por supuesto, deberá quedar totalmente satisfecho- y posó con delicadeza su mano sobre el hombro de su retoño-¿Qué os parece?

Cardosa meditó, no para buscar una respuesta, sino para hallar las palabras que usaría al planteárselo a Rocío. No olvidó tampoco la promesa que había hecho antes de acudir al gobernador.

De acuerdo, ella quedará libre y la familia gitana también.

Padre e hijo hicieron un gesto de repulsa al mismo tiempo.

- ¿Desde cuándo te preocupa esa chusma?- preguntó el gobernador como si tuviera delante a los gitanos.

- Desde ahora.

El gobernador buscó con la mirada la aprobación de su hijo.

- Sea pues. Trae tú mismo a la prisionera, capitán, y, te lo advierto, alecciónala bien para el encuentro.

- Descuidad, excelencia. En nombre del Conde de Cerronegro os estoy eternamente agradecido y pido humildemente perdón por la afrenta cometida por mi protegida- y se inclinó. Esta vez no le fue necesario golpear al maestro para que le imitara, solo amenazarle con un ligero amago del puño.

Juan Barreto esperó a estar en el exterior del edificio para empezar a hablar.

- ¿Creéis de veras que Rocío aceptará el trato?- preguntó expectante.

- Más le vale. Ya habéis visto cómo se las gasta el gobernador y ese petulante de hijo que tiene. Y os lo advierto- le dijo deteniéndose y colocándose frente a él-, si queréis conservar vuestra vida, no me preguntéis por qué juré no volver a pisar esta maldita ciudad. ¿Estamos?

La prisión no estaba lejos, pero llegar a la celda donde se hallaba la hija del conde llevó más tiempo de lo deseado por lo enrevesado y oscuro del lugar. Cardosa no pudo menos que maravillarse ante la joven pues incluso bajo esas circunstancias era capaz de mostrar toda su sensualidad.

- ¿En serio me estás diciendo que ese es el precio de mi libertad?- le preguntó Rocío sin apenas alterarse y soplándose el flequillo- ¿Y la familia de los gitanos quedará libre también?

- Forma parte del trato- le aclaró Cardosa, quien no tardó en recelar de la mirada de la prisionera-. Te lo advierto: no trames nada.

- ¿Pero cómo te atreves?

- Te conozco. Salgamos en paz de esta ciudad.

- ¿Y ese cerdo por qué no me viola aquí mismo? ¿Quién se lo impide?

Cardosa se encogió de hombros.

- Supongo que tu consentimiento forma parte del castigo.

Rocío guardó silencio y meditó su respuesta sin apartar los ojos de los de su amante.

- Está bien- dijo con orgullo-, pero primero debo ver la familia liberada.

- Rocío- señaló con cansancio el capitán-, ¿de verdad crees que estás en posición de exigir nada?

- Esas son mis condiciones. De lo contrario, me verás pudrirme aquí y no habrás cumplido con tu cometido. A ver cómo se lo explicas a mi padre y a mi virgencita querida- y se sopló el flequillo.

Cardosa emitió un pequeño rugido a modo de refunfuño.

- Terca como una mula, vive dios- exclamó al fin para dar media vuelta y marcharse. En aquel momento, Rocío le mostró su sonrisa más pícara a Juan Barreto, quien no supo cómo reaccionar y se apresuró a alcanzar al militar.

No pasó mucho tiempo hasta que trasladaron a Rocío frente a la puerta del palacio. Allí, junto a Cardosa y a Juan Barreto, esperó la llegada de la familia gitana. Por fin, asomó una patrulla al final de la calle que marchaba a paso vivo custodiando un grupo de personas. Cuando llegaron frente al edificio, militar y maestro no pudieron menos que sorprenderse pues la familia la formaban cerca de veinte miembros.

- Vaya, habrán necesitado un ejército para encarcelarlos- exclamó para sí el capitán.

Rocío, que llevaba las manos atadas, se acercó al patriarca de la familia, quien tenía la gratitud escrita en el rostro. La joven le sonrió con cariño y le besó la mejilla, momento que aprovechó para decirle unas palabras al oído.

- Trama algo- susurró Cardosa al ver ese gesto-. Estad atento - le pidió al maestro.

El patriarca asintió agradecido e inmediatamente empezó a meter prisa a los suyos para que se fueran de aquel lugar. Rocío tuvo tiempo de brindarle una sonrisa de victoria a Cardosa antes de entrar en el palacio.

- Ya no me cabe duda: trama algo.

En aquel momento, una mujer se abalanzó muy efusiva sobre el capitán. Era la gitana de edad incierta a la que Cardosa había prometido

ayudar. Se arrojó de inmediato a los pies del militar repitiendo una y otra vez sus alabanzas por su gesta. Cardosa, incómodo con la situación, trató con torpeza y algo de brutalidad a la mujer, quien no se rendía.

- Dejadme al menos que os lea la mano y os adivine el porvenir- le pidió tratando de cogerle la mano.

- Mi porvenir es la muerte, como el de todo el mundo- ladró.

- Pero querréis al menos saber cómo os irá mientras viváis.

- No, maldita sea- miró entonces al maestro y se le iluminó el rostro- léesela a este de aquí- y le señaló al maestro-, gitana testaruda y a mí déjame en paz. Él también ayudó a poner en libertad a tu extensa prole.

- Como gustéis- señaló la gitana feliz con la opción ofrecida por el militar.

Juan Barreto se dejó coger la mano. Los ojos de la mujer iban y venían por sus líneas hasta que, improvisamente, se detuvieron. Sin soltar la mano, dio un paso atrás sobresaltada ante lo que acababa de ver. Miró a los ojos de Juan Barreto y luego a la palma de su mano, repitiéndolo varias veces como si quisiera verificar algo. Incluso logró llamar la atención del capitán.

- Santo Dios- exclamó al fin casi sin voz-. Vos…vos…- y le señalaba-, vos salvaréis el mundo. Vos…- y se arrojó a sus pies para besárselos.

- Este salvar al mundo- replicó Cardosa con sorna para luego reír.

Juan Barreto no sabía cómo reaccionar. Se miraba la palma de su mano incapaz de apreciar nada en ella salvo las marcas de las riendas y algo de roña. En aquel momento, el marido de la gitana se le acercó para reprocharle su tardanza, teniendo que tirar de ella para poder llevársela.

- Gracias señor, gracias, gracias- repitió la mujer hasta perderse de su vista. El maestro miró extrañado a Cardosa, quien no tardó en volver a reír.

Pasaron los minutos y la tediosa espera obligó a los dos a sentarse en los escalones de la entrada. Solo un guardia, impertérrito al fogoso calor, permanecía guardando la puerta. Cardosa apoyaba pesadamente la cabeza en su mano, mientras Juan Barreto pensaba en la escena de la gitana. Primero, el diablo le condena por querer destruir su obra, y ahora una gitana le anunciaba como salvador del mundo. Suspiró y colocó la cabeza en la mano imitando la postura del militar. Sus ojos se posaron desconsolados en la catedral, que con sus arcos le animaba a sumergirse

en ella. Los caballos permanecían junto a ellos indiferentes a las intrigas humanas.

En medio del sopor del día y la espera interminable, un grito terrorífico recorrió el palacio hasta escaparse por la puerta. Imposible para el capitán determinar si el origen se ubicaba en cuerdas vocales femeninas o masculinas. Como el grito se convirtió en un alarido interminable, militar y maestro se pusieron en pie y junto al guardia entraron alarmados en el edificio. Allí pudieron observar una escena difícil de calificar, aunque todo apuntaba hacia el patetismo. En la parte alta, el hijo del gobernador apareció desnudo cubriéndose la entrepierna con las manos mientras berreaba inconsolable. Sus gritos de dolor se perdieron con él al otro lado del pasillo.

- Me parece que el vicio de ese muchacho ha sido cortado por lo sano- señaló estupefacto Juan Barreto.

En aquel momento llegó Rocío presurosa por bajar la escalera. Iba en ropa interior y portaba en las manos su vestido y los zapatos. Los tres espectadores no daban crédito a sus ojos, aunque el capitán empezaba a comprender la barbaridad que había cometido la joven andaluza, en especial cuando le pudo distinguir restos de sangre en torno a la boca.

Entró entonces en escena el gobernador preso de furia en lo alto de la escalera.

- Detenedla, detened a esa puta- gritó encolerizado.

El guardia corrió al pie de la escalera pero Cardosa fue más rápido poniéndole la zancadilla para hacerle caer. Desenvainó su espada y la colocó en el cuello del guardia inmovilizándole.

- Muévete y estás muerto.

El soldado obedeció pávido. Rocío pasó entonces junto al capitán.

- Corre- le pidió ella con su sonrisa más artera.

El capitán suspiró cansado y pateó la cabeza del soldado para dejarlo inconsciente, tras lo cual corrió a por su amante. Juan Barreto miraba aquella acción incapaz de reaccionar. Rocío había montado ya el caballo del capitán. Éste saltó a la grupa con una habilidad impropia de su edad.

- Juan Barreto- gritó impaciente el militar-, despertad de una vez.

El maestro reaccionó, pero más por ver a la guardia bajando las escaleras que por el alarido del capitán. Salió del edificio y montó con desmaño su animal. Solo entonces espoleó Cardosa a su caballo. Pasados unos metros

no tuvo otro remedio que silbar con fuerza para que la montura del maestro escapara con ellos. Pudo dedicar una última mirada a su añorada catedral, emplazando con un suspiro un futuro reencuentro.

Las calles de la ciudad se tornaron más estrechas aún a aquella velocidad, llegando a temer seriamente Juan Barreto lo irremediable de un accidente. Por suerte para los fugitivos, las personas se apartaban a tiempo en cuanto oía los cascos de los caballos.

- Para, para, para- le pidió con energía Rocío.

- ¿Cómo?, ¿ahora?, ¿estás loca?- preguntó con sorpresa Cardosa.

- Para te digo- y le cogió las riendas para frenar al caballo.

Descendió veloz y corrió hacia la fuente que había visto desde que encararan la plaza. Con las manos empezó a enjuagarse la boca y a escupir con asco.

-¿Comprendes ahora?- le recriminó la joven al capitán lavándose la sangre de la cara.

30

Huir de Toledo resultó más fácil de lo esperado. Los fugitivos orientaron su carrera hacia el norte, hacia la gran capital. Después de dos horas galopando se imponía un descanso, a menos que quisieran reventar a los caballos de agotamiento, ocultándose en una arboleda frondosa alejada del camino.

- Estás loca-exclamó el capitán al desmontar. Ayudó a bajar a su amante del animal cogiéndola en brazos-, loca de atar - repitió con la más abyecta admiración. Juan Barreto fue consciente, por primera vez, del amor que sentía Cardosa por tan sediciosa muchacha-. ¿En serio has…?- ni él pudo terminar la pregunta.

- Por supuesto- contestó con orgullo-. Se lo merecía; eso y más- sentenció soplándose el flequillo. Tornó entonces sus facciones hacia la dulzura al ver desmontar al maestro-. ¿Y vos, Juan Barreto?, ¿también creéis que estoy loca?- le preguntó acercándose a él. Su presencia en ropa interior le causó el mismo azoramiento que cuando lo bañara en la taberna de Cádiz-. Tranquilo, no me respondáis, no sea que el capitán os atraviese con su espada.

- No puedo- intervino feliz el capitán-, mataría al salvador del mundo, a nuestro mesías. Un mesías del que no puedo esperar que

encienda un fuego.

- Puedo ir a por leña- sugirió herido por aquel comentario.

- Pues no es mala idea, no- confirmó el militar sentándose junto a un árbol- id, ya que os habéis ofrecido, pronto anochecerá. ¿Sabréis distinguir la madera verde de la seca?- añadió con retintín.

- No te consiento que le hables así- intervino Rocío con vehemencia mientras terminaba de vestirse-. Si no fuera por él, no me tendrías, que no se te olvide. Ala, vamos, Juan Barreto, busquemos la leña juntos.

- Idos los dos al demonio- se quejó con indiferencia el capitán acomodando su espalda en el árbol.

Rocío avanzó por el bosque cogiéndose del brazo del maestro, quien, huelga decirlo, se sintió cohibido. No solo era la sensualidad palpable de la andaluza, o el brillo de su cuello sudoroso aún por la carrera, o el campo gravitatorio de sus pechos, era su coraje, su arrojo, su falta de escrúpulos, su sentido de la justicia lo que le hacía verse insignificante a su lado.

- No le hagáis caso. El capitán es un buen hombre- empezó a decir la hija del conde.

- Está enamorado de vos.

Rocío se detuvo mostrando alarma en sus ojos.

- No digáis eso, por dios, no lo digáis. Me aterra no poder corresponderle. Como os digo, es un buen hombre y no lo merece.

- ¿Vos no lo estáis de él, entonces?- preguntó confundido el maestro.

Rocío suspiró buscando las palabras más apropiadas.

- Veréis, Juan Barreto- y continuó andando. El maestro se agachaba cada vez que veía una rama caída aparentemente seca- no soy como esperan los demás que debo ser. Creo que no debí nacer en esta época sino en otra muy posterior donde no tuviera que someterme en todo a un hombre- y sopló su flequillo- Un padre, un marido, un hermano, un cura, lo que sea, pero hombre, al fin y al cabo. No sé si me explico.

- Os explicáis muy bien- confirmó el maestro brindándole una

sonrisa llena de comprensión.

- ¿En serio?, ¿y lo aprobáis?- le preguntó deteniéndose.

- Sí- contestó con naturalidad al tiempo que se encogía de hombros.

Los ojos de Rocío se dilataron rebosantes de asombro.

- ¿Y no pensáis que soy una libertina?

- ¿Por qué iba a pensar algo así?

- Vaya- y sonrió-, vos tampoco sois como los demás hombres- señaló con asombro, aunque pronto su imaginación se echó a volar-. Veréis, yo no quiero encadenarme a nada, quiero ser libre, viajar, ver, decidir por mí misma, yacer con quien quiera; sí, como suena y os ruego que me perdonéis si os escandaliza mi franqueza. Quiero ignorar los dimes y diretes, los rumores, caminar con la cabeza bien alta por querer ser como soy y por serlo, sin vergüenza alguna y con mucho orgullo. Qué mejor que ser actriz para conseguirlo- y sonrió-. ¿Conocéis alguna otra profesión que no incluya todas esas virtudes?- Rocío no le dejó contestar-. Ay, Virgencita, por eso me aterra la idea de que el capitán se enamore de mí- y ensombreció su rostro de congoja para, de inmediato, iluminarlo de ilusión-. ¿Sabéis el único que, por un breve instante, consiguió encandilarme de verdad? Os vais a reír: don Diego.

Juan Barreto no se rió, sino que mostró su mayor gesto de incredulidad.

- ¿Don Diego, el pirata?

- ¿Verdad que es gracioso?

Lo cierto es que al joven maestro le resultaba harto dificultoso poder juzgar a Rocío. Resultaba tan natural, tan sincera y desinhibida… Sin embargo, no tardó en recordar el comentario que hiciera la andaluza al capitán sobre el tesoro de don Diego. ¿Estaría utilizando al pirata y al militar para conseguir sus fines de independencia? ¿Llegaría a utilizarle a él también?, ¿o ya lo estaba haciendo al mostrarse tan cercana en aquella conversación? Resolvió que Rocío era uno de los mayores misterios a los que se había enfrentado en su vida; y terminó por concluir que los misterios no se juzgan.

- Pues Diego me enseñó muchos trucos para sobrevivir o salirme con la mía.

- No lo pongo en duda.

- Vaya- se lamentó-, empezáis a hablar ya como el capitán.

- Lo he dicho en serio: he visto a don Diego hacer uso de sus recursos, creedme.

- El capitán no soporta que le hable de él- le confesó en un susurro.

- Una prueba más de que está enamorado.

- La virgencita no lo quiera. No se da cuenta de que si damos con el tesoro de don Diego podremos hacer la vida que queramos.

Juan Barreto procuró no alarmarse ante la desfachatez con la que Rocío desvelaba sus planes de robar a una persona a la que admiraba hasta el encandilamiento.

- ¿A vos no os habrá dicho dónde lo tiene, verdad?- le preguntó con la voz de una gatita melosa.

Así que se trataba de eso. Acompañarlo a coger madera no había sido más que otra artimaña de las suyas, esta vez para sonsacarle información. Qué astuta era y qué hábil, pensó el maestro. Por un momento había estado a punto de caer en su telaraña. Sin embargo, no podía entender ese extraño vínculo de lealtad que sentía él mismo por el pirata.

- No, claro que no.

- Si vierais lo bien que habló de vos en la taberna. Su salvador, decía que erais. Como lo fuisteis conmigo- y le volvió a sonreír- Mencionó que os había encontrado en la playa, que habías salido de la nada. ¿Es cierto, Juan Barreto?, ¿salisteis de la nada?

Nunca antes había vivido el maestro tal turbación. Sentía que le temblaban las piernas y se le bloqueaba la garganta ante aquella voz y esos ojos tan fascinantes que se anclaban en él, tanto que la madera que había recogido se le resbalo de las manos hasta precipitarse al suelo. Excusa perfecta para romper el hechizo al que estaba siendo sometido.

- Creo que ya tenemos suficiente madera- pudo decir al fin y, tras coger velozmente la leña, se apresuró a volver donde habían dejado al capitán.

La noche llegó y con ella la cena: dos perdices cazadas, como no podía ser de otra manera, por Cardosa, quien, sin embargo, apenas probó

bocado. Rocío comía sin complejos, saboreando cada uno de los huesos de las desdichadas aves. Juan Barreto se hundía en sus pensamientos con el crepitar de la madera al fuego como música de ambiente; pensamientos que fueron interrumpidos por la lección de pesimismo que Cardosa estaba a punto de regalarles.

- Creo que de esta difícilmente podamos salir airosos- dijo sin atisbo de inquietud- Aunque hayamos podido despistar a la guardia, a estas alturas ya se nos habrá denunciado en la corte. Pero yo cumpliré mi cometido y te llevaré a la casa de ese maldito pintor. Dios, ¿quién puede pensar ahora en un retrato de matrimonio? ¿Cómo presentarnos a él con este aspecto? No tenemos equipaje, no tenemos dinero, no tenemos nada.

Una incoherencia más en ese laberinto que representaba la personalidad del capitán. Juan Barreto no podía entender el sufrimiento de un hombre enamorado cuya misión era proteger al objeto de su amor hasta el día de su boda; un enlace que, por descontado, no sería con él; y, no obstante, pudiendo raptarla o, mucho más coherente, pudiendo ayudarla a escapar, no lo hacía. Su deber y su palabra estaban en primer lugar. Observaba el maestro al capitán mientras este hablaba y no podía menos que admirar la entereza con la que soportaba el dolor de la contradicción que le había tocado vivir. Reflexionó algo más Juan Barreto preguntándose si toda esa lealtad del capitán y esa protección sumisa hacia Rocío no serían más que una estrategia para ganar tiempo y conseguir que la joven se enamorara de él. Triste condición en ambos casos, pensó, pero al menos esta segunda opción podía entenderla mejor.

- ¿Sabes la ventaja que tiene un pelo como el mío?- preguntó Rocío a su amante con una sonrisa al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza. A Juan Barreto le resultó familiar la pregunta pero no pudo determinar su origen-. Pues que cuando te encarcelan a nadie se le ocurre registrártelo.

El maestro sonrió. Aquello no podía ser sino uno de los recursos que le enseñara don Diego, pues ahora recordaba perfectamente cómo había sacado de su barba aquella aguja abre-cerrojos. En efecto, a poco que Rocío escarbó en su cabello, emergió un pequeño brazalete que, de inmediato, empezó a brillar en la oscuridad.

- Válgame Cristo- exclamó Cardosa olvidando repentinamente su decaimiento-. ¿De dónde has sacado eso?- preguntó mirando precavido a todos lados.

- De palacio, por supuesto- explicó ella mirando su joya con

cariño.

- Pero si el conde está arruinado.

- ¿Quién ha dicho que sea de mi padre? Me lo dio mi madre antes de morir. Es el único recuerdo que guardo de ella- y lo miró como si en su reflejo viera a su progenitora.

- ¿Y piensas deshacerte de él?

- Bueno, me dijo que lo usara cómo y cuándo yo estimara oportuno- respondió ella olvidando toda su anterior ternura hacia aquellas piedras preciosas-, y creo que esta situación requiere de su uso. ¿No estáis de acuerdo los dos?